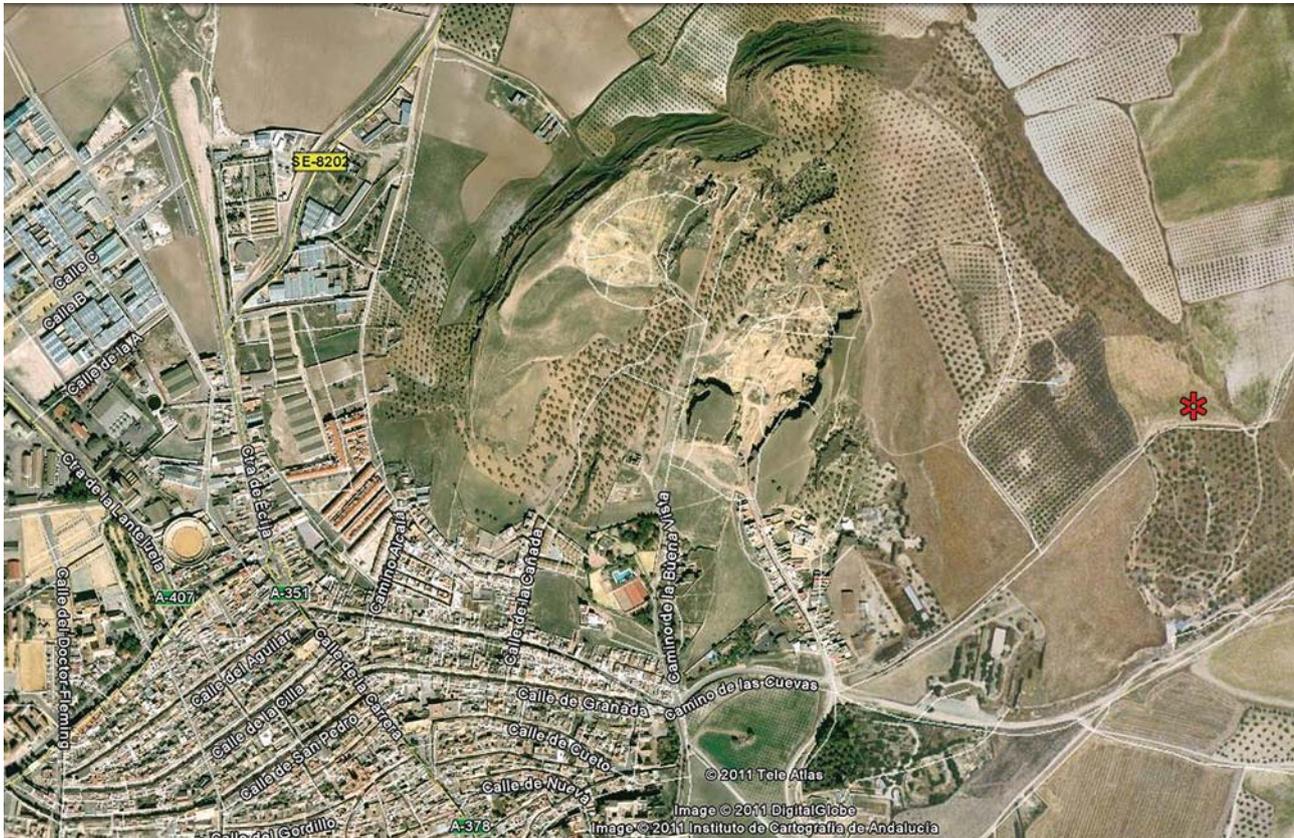


ARQUEOLOGÍA



1. VISTA AÉREA DEL NORESTE DE OSUNA INDICANDO EL LUGAR DEL HALLAZGO QUE SE ESTUDIA, AL NORTE DEL CAMINO DE SAN JOSÉ. VUELO FOTOGRAMÉTRICO DEL INSTITUTO DE CARTOGRAFÍA DE ANDALUCÍA (2011)

¿CARROS DE BRONCE EN LA NECRÓPOLIS PRERROMANA DE OSUNA? INDICIOS PARA UN DEBATE

Por

JUAN ANTONIO PACHÓN ROMERO¹
Arqueólogo

No hace demasiado tiempo, José Ildelfonso Ruiz Cecilia ultimaba su Memoria de Licenciatura sobre la arqueología de la antigua Osuna, teniendo la fortuna de que fuese publicada para conocimiento de todos, gracias a la colaboración del Ayuntamiento y del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla². En su notable trabajo recogió todo lo que se conocía sobre la temática tratada, incluyendo muchos hallazgos fortuitos, incluso algunos que hoy permanecen ilocalizados o que, posiblemente, se hayan perdido para siempre. Precisamente vamos a referirnos a uno de ellos, que tuvimos la suerte de conocer directamente cuando se recuperó y del que, quizás, podamos aportar algunas

referencias de interés que permitan ampliar el conocimiento arqueológico de la Osuna prerromana.

Nos encontrábamos en la segunda mitad de los años sesenta del siglo pasado, cuando dos jóvenes estudiantes del Instituto Nacional de Bachillerato Francisco Rodríguez Marín de Osuna, amantes de la arqueología, paseaban por el trayecto norte del camino de San José, alejándose de la villa. Eran tiempos de pleno franquismo y, pese a ser período totalmente lectivo, disfrutaban de un descanso campestre habitual, dentro de los programas anuales de ejercicios espirituales que se organizaban obligatoriamente por aquel régimen confesional en todos los centros educativos.

Tras cruzar el cambio de vertiente de ese camino, justo a la altura de la muralla Engel/Paris, se adentraron a la izquierda en un campo de viejos olivos, hoy desaparecido, y donde había una pequeña vaguada que había originado un incipiente arroyo estacional (Fig. 1); allí, bajo las sombras de uno de aquellos vetustos árboles, uno de los paseantes (M.C.P.) observó lo que le pareció una aparente piedra verde oscura que contrastaba contra el fondo ocre amarillento del suelo. Se agachó y recogió un objeto que resultó bastante más pesado que un simple mineral y, al tacto, mucho más frío; pero la sorpresa fue mayúscula cuando empezó a limpiarlo entre sus manos, quitándole las concreciones terrosas, hasta comprobar que —en realidad— era un trozo de metal y cómo sus líneas irregulares acababan tomando forma para conformar una representación animalésca de lo que él creyó siempre la cabeza

¹ Universidad de Granada (Grupo de Investigación HUM 143) & Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, japr@arrakis.es y <http://japr5.blogspot.com>

² RUIZ CECILIA, J.I., *Testimonios arqueológicos de la Antigua Osuna*, Spal Monografías, VIII, Universidad de Sevilla y Ayuntamiento de Osuna, Sevilla, 2007.



2. EL GARROTAL DEL HALLAZGO VISTO DESDE LA MURALLA ENGEL/PARIS (SUROESTE). EN PRIMER TÉRMINO, EL CAMINO DE SAN JOSÉ (SEPTIEMBRE DE 2011)

de un león. Aquel tesoro lo vimos su acompañante (el autor de estas líneas), así como alguno de los amigos de su descubridor, aunque sólo muy esporádicamente, ya que las necesidades económicas de una sociedad tan deprimida como era la de Osuna, en aquellas fechas de fuerte emigración, motivó que el supuesto león acabase vendido a un conocido coleccionista local, para finalmente desaparecer de Osuna y pasar a los circuitos más habituales del tráfico de antigüedades.

Durante muchísimo tiempo, la cabeza de bronce estuvo perdida por completo, sin que tampoco se diese ninguna noticia al respecto; pero, a principios de los años ochenta, se publicó el estudio de un pequeño bronce en el homenaje al profesor Martín Almagro Basch, gracias a la profesora Teresa Chapa Brunet³, que parecía completar parcialmente la historia desconocida de la pieza. De esta manera, se supo que la cabeza metálica fue ofertada algunos años atrás a la entonces directora del Museo Arqueológico de Sevilla (D^a Concepción Fernández Chicarro), dentro de un lote más amplio en el que también había otros elementos que parecieron falsos a los técnicos del museo y que, por ello, no se adquirieron por la institución hispalense.

Probablemente, el anticuario de Osuna había intentado desprenderse del bronce, pero la frustrada intentona en Sevilla le hizo extender el espacio comercial, sin que sepamos dónde llegó a parar. Afortunadamente, la información gráfica utilizada durante las transacciones pudieron quedar a disposición de M. Almagro, que conservó esas instantáneas y dibujos que aquí volvemos a reproducir con cierto tratamiento informático, para mejorar su comprensión y adecuada visualización.

Nuestro agradecimiento debería ser doble, para los profesores M. Almagro Basch (†) y para T. Chapa: al primero, por su previsión al documentar gráficamente el hallazgo, a la segunda, por su interés en estudiar objetos patrimoniales aparentemente poco significativos, pero que de otro modo resultarían imposible de recordar. Lo más importante, de todo ello, ha sido la recuperación para su estudio y cotejo con los nuevos elementos de juicio que ha aportado en los últimos treinta años la indagación arqueológica y patrimonial.

Con posterioridad, ya hemos indicado cómo J.I. Ruiz Cecilia volvió a publicar la información conocida⁴, añadiendo algunos detalles más del hallazgo, gracias a toda la documentación verbal de primera mano que pudo recoger de alguno de los testigos directos del acontecimiento. Este hecho ha sido, definitivamente, el que nos ha hecho retomar la cuestión para redactar esta pequeña aportación con la que pretendemos abrir otras líneas interpretativas sobre el bronce.

La primera cuestión que debe destacarse es el lugar del hallazgo (Fig. 2), un espacio que no se ha publicitado suficientemente frente a otras áreas del yacimiento de Osuna, que siempre se han reconocido y valorado por el mayor número

de los vestigios arqueológicos que han venido aportando, aunque en este caso tampoco se trate de un lugar totalmente desconocido. Este hecho ha provocado que ni siquiera se hiciese un seguimiento arqueológico del sitio, cuando no hace mucho tiempo se arrancaron los viejos olivos que sustentaba en tiempos del hallazgo, para repoblarlo de nuevas estacas, alterando con casi toda seguridad los restos patrimoniales que todavía pudieran allí conservarse.

Es destacable, en este orden de cosas, que al sur del camino de San José una actuación semejante si produjo al menos una prospección preventiva, para valorar las condiciones en que deberían extraerse los viejos olivos y dónde podrían hacerse las nuevas plantaciones.⁵ La cuestión más chocante es que, tanto una finca como otra, están plenamente incluidas dentro de la zona declarada BIC del yacimiento arqueológico de Osuna;⁶ por lo que resulta aún más extraño que la administración cultural decida aleatoriamente tan diferente tratamiento patrimonial en cada caso.

Si volvemos a observar la figura 1, veremos que la cabeza de bronce (Figs. 3-4) se encontró al norte del archiconocido *Garrotal de Engel*, por cuya linde oeste discurría la muralla Engel/Paris⁷ y donde sabemos de la existencia segura de una necrópolis orientalizable⁸ y de otro más que probable cementerio turdetano⁹. Esta circunstancia, en tan notable cercanía con esa zona funeraria, legítima suponer que el área mortuoria pudo ser más amplia, por lo que podría extenderse más allá del camino de San José, donde se habían reconocido hallazgos necropolares, tal como ya destacamos en su momento en otro sitio. Curiosamente, estos hallazgos a que nos referíamos correspondían a sendos fragmentos de cerámicas griegas áticas, pertenecientes a los servicios propios de la vajilla cerámica para beber, concretamente a una o dos cíclicas (kylixes) que se empleaban habitualmente en el ritual mortuorio para facilitar la libación en honor de los difuntos y que, después, se depositaban en las tumbas ibéricas como

⁵ JOFRE SERRA, C.A.; ROMÁN PUNZÓN, J.M.; MANCILLA CABELLO, M^a I.; RIVAS ANTEQUERA, M^a J. y PACHÓN ROMERO, J.A.: *Prospección Arqueológica Superficial en la finca "Cueva el Caracol"*. Osuna (Sevilla), 2008. Memoria Preliminar y Memoria Actividad Arqueológica Preventiva, presentada a la Junta de Andalucía, Sevilla, 2009.

⁶ Puede compararse nuestra primera figura con la que incluíamos en un anterior trabajo (PACHÓN ROMERO, J.A.: «El Cerro de la Quinta de Osuna: apuntes sobre realidad y ficción de un sitio arqueológico», *Cuadernos de Amigos de los Museos de Osuna*, 11, Osuna, 2009, pp. 19-24, fig. 1).

⁷ PACHÓN ROMERO, J.A. y RUIZ CECILIA, J.I.: «La muralla Engel/Paris y la necrópolis protohistórica de Osuna», *Florentia Iliberritana*, 16, Granada, 2005, pp. 383-423.

⁸ AUBET SEMMLER, M^a E.: «Los hallazgos púnicos de Osuna», *Pyrenae*, n.º 7, 1971, pp. 111-132.; PACHÓN ROMERO, J.A.: «Construcciones funerarias tras la muralla Engel/Paris de Osuna», *Cuadernos de Amigos de los Museos de Osuna*, 10, Osuna, 2008, pp. 20-24; *idem*, «Rasgos orientalizantes en tumbas rupestres de la necrópolis de Osuna: datos de su antigüedad», *Cuadernos de Amigos de los Museos de Osuna*, 12, Osuna, 2010, pp. 48-55.

⁹ PACHÓN ROMERO, J.A. y PASTOR MUÑOZ, M.: «La necrópolis 'ibérica' de Osuna. Puntualizaciones cronológicas», *Florentia Iliberritana*, 1, Granada, 1990, pp. 333-340. Reimpreso en *Apuntes 2*, 5, Ayuntamiento de Osuna, Osuna 2007, pp. 237-249.

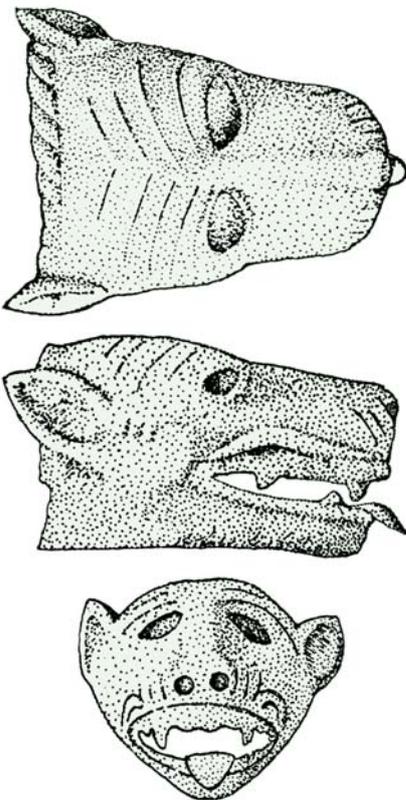
³ CHAPA BRUNET, T., «Una cabeza de lobo ibérica, en bronce», *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, II. Ministerio de Cultura, Madrid, 1983, pp. 389-395.

⁴ RUIZ CECILIA, J.I., *Op. Cit.*, nota 2, pp. 91, 122-123; figs. 6.15 a 6.17.

elementos del ajuar o como ofrendas rotas *ex profeso* para acompañar en la cremación del difunto (Fig. 5). Estos restos cerámicos fueron encontrados por D. Lorenzo Cascajosa Sánchez y por quien firma estas líneas, estando hoy depositados en el Museo Arqueológico de Osuna.



3. VISTA SUPERIOR Y LATERAL DEL BRONCE DE OSUNA. A PARTIR DE T. CHAPA (1983: LÁM. I)



4. DIBUJOS DE LA CABEZA BRONCÍNEA DE OSUNA. A PARTIR DE T. CHAPA (1983: FIG. 1)

La relación entre las cílicas áticas y la cabeza de bronce podrían asegurar un mismo origen necropolar. Para el caso de las cerámicas griegas parece algo claro, habida cuenta del estado de fragmentación de las mismas y la evidencia del efecto del fuego en sus superficies, así como en el propio carácter de las tierras en que se encontraron y que las cubría. La procedencia del mismo lugar de la cabeza, así como la idéntica asociación a esas tierras negruzcas, aseguraría la justificación para asegurar un similar origen funerario. Lo que no tendría que autenticar, por otro lado, que estemos considerando un mismo reducto mortuario; es decir, un único y común enterramiento.



5. RECREACIÓN DE UNA KYLIX CON LA SUPERPOSICIÓN DE LOS DOS FRAGMENTOS GRIEGOS DE OSUNA



Para que pudiéramos acercar la cabeza de bronce a la cílica, en un sólo contexto funerario, tendríamos que aceptar que ambas fuesen ibéricas o, más propiamente en Osuna, turdetanas. En este sentido, las fechas que suelen adjudicarse a estas producciones áticas bastarían para datar el conjunto en un siglo IV a.C., al menos.¹⁰ Pero, ¿es ibérica nuestra cabeza? T. Chapa dijo en su momento que sí. Del trabajo que realizara, hace ya casi treinta años, coincidimos prácticamente en todo, aunque tendríamos que añadir algunas consideraciones que no pudieron utilizarse entonces, restando certidumbres y matices de su interpretación.

¹⁰ ROUILLARD, P., «Les coupes attiques à figures rouges du IV^e siècle en Andalousie», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XI, 1975, pp. 21-49. Ver también: *idem*, *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII^e au IV^e siècle avant Jésus-Christ*, Publications du Centre Pierre Paris, Paris, 1991; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., *Greek Pottery from the Iberian Peninsula. Archaic and Classical Periods*, Ed. Brill. Leiden, Boston, Köln, 2001.



6. CABEZA DE LOBO PROCEDENTE DEL CERRO DE LOS INFANTES, PINOS PUENTE, GRANADA.
VISTAS SUPERIOR E INFERIOR, LATERALES, FRONTAL Y POSTERIOR (DE ARRIBA A ABAJO Y DE IZQUIERDA A DERECHA)

Una primera cuestión es el aparente carácter macizo de la cabeza. Está claro que T. Chapa no tuvo la fortuna de apreciar el original, pero quienes sí lo hicimos atestigüemos fehacientemente que se trataba de una fundición hueca. Este detalle podría servirnos para argumentar diferentes opciones funcionales respecto del objeto, así como diferenciales de otros más o menos cotejables. De algunas de esas opciones son de las que hemos querido derivar el título con el que encabezamos este trabajo y sobre lo que trataremos más adelante.

Otra cosa es el hecho de las dimensiones, con las que pueden explicarse ciertas cosas. Sin ser un objeto excesivamente pequeño, tampoco alcanza magnitudes tan reducidas como las que ofrece algún que otro ejemplo que también conocemos y que, en ciertos aspectos, puede paralelizarse con el lobo de Osuna. Nos referimos, en concreto, a otra testa de *canis lupus* encontrada hace algunos años en el asentamiento granadino de Cerro de los Infantes, localización de la antigua *Ilurco*, realizada también en bronce fundido. Aunque podrían hacerse determinadas relaciones comunes, son bastantes más las diferencias y quizás más evidentes (Fig. 6). Ambos casos muestran elementos representativos coincidentes, como las orejas triangulares y el cordón de pelo por detrás de las mismas. Aunque las diferencias son más interesantes.

En primer lugar, el tamaño. En el caso de Osuna, estamos ante una fundición de una dimensión total de $5,50 \times 4,25 \times 3,06$ cm., magnitudes referidas a la longitud, anchura y altura. Sin embargo, el lobo granadino resulta muchísimo más reducido, con sólo $2,54 \times 1,75 \times 2,04$ cm.; una diferencia que no creemos exclusivamente casual, sino que quizás responda a otro tipo de razones de mayor calado.

Para tratar de comprender mejor la diferencia volumétrica de ambas cabezas, hemos hecho dos simples operaciones matemáticas, sin considerar las irregularidades inherentes al propio diseño de los objetos, lo que ha arrojado un volumen

de $71,5275$ cm³ en Osuna, frente a sólo $9,0678$ cm³ en Cerro de los Infantes. La obviedad de tan diametral distancia, más de 62 cm³, ocho veces mayor en Osuna, creemos que está en función de un uso claramente diferenciado en uno y otro caso, en lo que tampoco fue baladí que el bronce más grande fuese hueco y el más pequeño macizo.

En el hallazgo de Granada, además, la pieza está atravesada por un vástago de hierro que todavía puede apreciarse tanto por la parte posterior como por la anterior (Fig. 6: derecha), donde se pone de manifiesto incluso un evidente remachamiento entre las fauces de las dos representaciones de lobo, que es, en realidad, lo que dibuja este objeto eminentemente decorativo. Probablemente, se trató del remate de un bastón, o del mango de otro utensilio desconocido; en cualquier caso, un elemento mixto, compuesto por dos materiales diferentes. En el caso del bastón, habría un componente mayoritario de madera, en el que ese vástago de hierro tendría la misión de fijar firmemente esa terminación de bronce. En definitiva, un objeto personal que tampoco requería un excesivo aporte de materia prima metálica, pero que sí dispuso de la suficiente cantidad para permitir materializar un elemento estéticamente muy cuidado y que, en este aspecto, supera al lobo de Osuna, alejándose del aire más tosco que observamos en él.

Pero este trabajo está dirigido a desarrollar el por qué del lobo sevillano. En él, ya hemos indicado su condición hueca, por lo que no está claro que hubiese podido cumplir una función semejante a la figuración animalística granadina. Tampoco se trata, como esta, de una representación doble, ni tan simétrica, lo que debió responder a una finalidad menos vistosa, posiblemente más utilitaria y quizás menos cercana al usuario; siempre con la salvedad de que quizás sólo se tratase de una producción artesana, si no más humilde, destinada a una clientela menos exigente.



7. VISTAS FRONTAL, SUPERIOR, LATERAL Y POSTERIOR DE LAS DOS CABEZAS DE LEÓN DEL CARRO DE LA TUMBA 17 DE LA JOYA, HUELVA. (A PARTIR DE LOS DIBUJOS ORIGINALES DE GARRIDO Y ORTA, 1978)

Todo esto nos devuelve a la vieja opinión de que esa función pudiera estar relacionada con los remates decorativos de bronce que se conocen en ciertos elementos ornamentales pertenecientes a los carros prerromanos,¹¹ de los que cada vez se conocen más circunstancias y hallazgos en la Península, así como en Andalucía.¹² De hecho, el que la representación de Osuna no fuese doble, como en Granada, dejaría de tener sentido, porque usado como remate del eje de una rueda, en su funcionalidad cotidiana, girando constantemente junto con la rueda correspondiente, la visualización de la cabeza superaría el sentido de aquella dualidad con creces, siendo esa duplicidad más apropiada en un objeto más estático, como hubiera sido lógicamente un bastón.

Hoy sabemos que los carros, particularmente los de guerra, debieron introducirse en nuestro territorio con motivo de los movimientos precolonizadores, colonizadores y de intercambio, propiciados en el periodo orientalizante, gracias al contacto con pueblos mediterráneos de tecnología más avanzada como los fenicios, que ya conocían este artilugio y con los que mantuvimos relaciones a finales del segundo milenio e inicios del primero a. C. Pese a todo, el origen del carro en la Península sigue siendo muy controvertido, habiéndose señalado referentes diversos, ya sean centroeuropeos, micénicos o fenicios, relativos además a diferentes épocas.¹³

En Andalucía hay representaciones de carros en algunas estelas del Bronce Final,¹⁴ como en las de Ategua (Santa Cruz, Córdoba) y Cuatro Casas (Carmona, Sevilla); mientras que elementos materiales procedentes de carro se encontra-

ron en la necrópolis tartésica de La Joya (Fig. 7).¹⁵ Huelva.

Aquí se recuperaron dos hermosas cabezas de león macizas (salvo una pequeña concavidad posterior), en bronce, que se usaron para revestir los extremos del eje del vehículo e impedir que las ruedas pudieran salirse fácilmente. Morfológicamente, aunque de factura más refinada, encontramos un animal en la misma actitud que el de Osuna: orejas triangulares, fauces abiertas y lengua colgante. Pero el hecho de que se trate también de un objeto macizo, podría alejarlo de nuestro objeto de estudio, así como su más marcado aspecto oriental.

Las dimensiones, en cambio, no están muy alejadas del caso sevillano, pues aunque alcance una longitud total de 9,5 cm habría que considerar que en Huelva las piezas están completas, conservándose incluso el disco de sujeción al eje, por lo que no debe sorprender su mayor tamaño. En este sentido, no debe olvidarse que se trataba de artículos totalmente artesanales y de hecho, la segunda cabeza onubense tiene una longitud de sólo 8,5 cm. En Osuna, la cabeza de lobo estaba parcialmente fracturada por la parte posterior, por lo que es bastante difícil precisar si la representación acababa justo en el collarino de pelos, detrás de las orejas, o continuaba más allá para formar un dispositivo ajustable, como parece ocurrir en Huelva.

No queremos abundar más en la significación simbólica de las representaciones de lobos, que ya está ampliamente estudiada.¹⁶ Respecto de la diferenciación entre leones y lobos, no creemos que se trate de un distanciamiento especialmente significativo, ya que en uno y otro caso se trata de iconografías bastante habituales, que durante mucho tiempo conjugaron similares soluciones estéticas, como serían los temas de las orejas puntiagudas o de las melenas, más o menos estilizadas, por no hablar de las fauces abiertas.

No obstante, podría haber existido una posible priorización cronológica de los leones sobre los lobos. En cierta medida,

¹¹ Un excelente recorrido por los carros de la antigüedad debe seguirse en QUESADA SANZ, F.: «Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma», *Historia del carruaje en España*. FCC-Cinterco, Madrid, 2005, pp. 16-71.

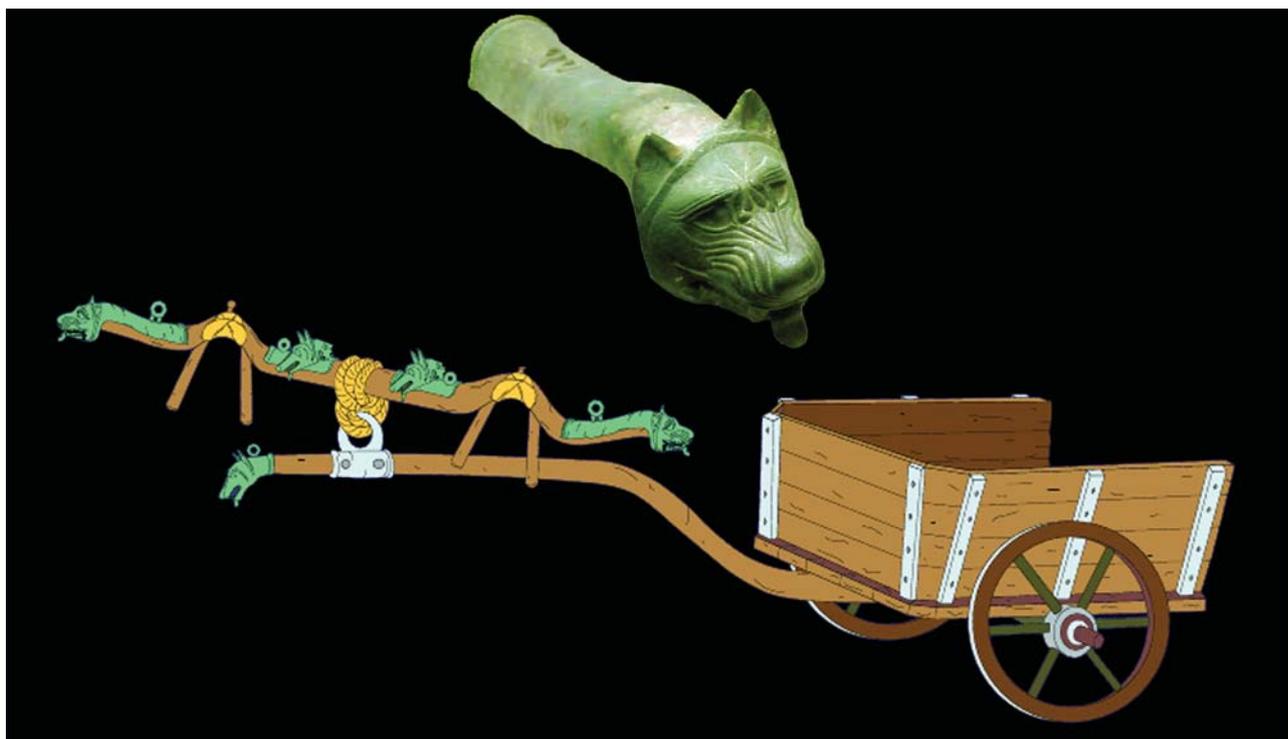
¹² FERRER ALBELDA, E. y MANCEBO DÁVALOS, J.: «Nuevos elementos de carros orientalizantes en la Alta Andalucía- Algunas precisiones en torno a su función, significado y distribución», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, 1991, pp. 113-148.

¹³ MEDEROS MARTÍN, A.: «Carros micénicos del Heládico Final III en las estelas decoradas del Bronce Final II-III del Suroeste de la Península Ibérica», *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e)*. La precolonización a debate, CSIC, Serie Arqueológica, 11. Madrid, 2008, pp. 437-463. Trabajo en el que se estudian pormenorizadamente las teorías sobre el origen del carro en la Península (pp. 447 ss.)

¹⁴ JOYA GUERRERO, J.: «El carro y su función social durante el Bronce Final y el Orientalizante en el Suroeste de la Península Ibérica: una revisión necesaria», *Spal*, 7, Sevilla, 1998, pp. 81-92.

¹⁵ GARRIDO ROIZ, J. P. y ORTA GARCÍA, E. M.: *Excavaciones en la necrópolis de 'La Joya', Huelva, II*. (3ª, 4ª y 5ª Campañas. Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Madrid, 1978, pp. 67-72, 169-170, fig. 35-38, láms. LIV-LVI.

¹⁶ Un estudio ya clásico es el de ALMAGRO-GORBEA, M.: «Lobo y ritos de iniciación en Iberia», *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. CSIC y Univ. Autónoma de Madrid, Serie Varia 3, Madrid, 1997, pp. 103-126. Véase también GONZÁLEZ-ALCALDE, J.: «Totemismo del lobo, rituales de iniciación y cuevas-santuario mediterráneas e ibéricas», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 25, 2006, pp. 249-269.



8. CERRO DE MÁQUIZ, MENGÍBAR, JAÉN. DETALLE DE UNO DE LOS PASARRIENDAS DE BRONCE (M.A.N.)
Y RECONSTRUCCIÓN IDEAL DEL CARRO AL QUE PUDO PERTENECER
(A PARTIR DE LA FOTOGRAFÍA DE L. WENTZ Y DEL DIBUJO DE J.L. NIETO PALOMO Y ALICIA NIETO RUIZ)

podría pensarse que los leones sí serían representaciones plenamente orientalizantes, aunque no de modo exclusivo, puesto que se perpetúan en tiempos ibéricos. Eso podría deducirse del estudio iconográfico de las representaciones orientalizantes, en las que es arduo rastrear alguna figuración de lobos, frente al abundante repertorio de los leones.¹⁷ Por su parte, esos lobos que no parecen habituales en los contextos de raíz oriental, surgen masivamente y se hacen patentes en contextos posteriores ibéricos.

En cuanto a la significación de estas figuras zoomorfas, pese a que el león también simboliza en la antigüedad a la realeza, tampoco se disocia de un valor funerario como deidad demoníaca protectora de las almas del ultramundo y, de ahí, su aparición en las tumbas como objetos de ajuar o como esculturas que formaron parte de las estructuras pétreas que cubrieron muchas de esas sepulturas. Siempre con un valor terapéutico (apotropaico), como defensores de la tumba y de los que allí se enterraron.

Esa confluencia de las representaciones incidiría igualmente en que la solución estética pudo ser indiferente del uso final que se diera a unas y otras. Es decir, tanto el león como el lobo pudieron haber formado parte de un repertorio más amplio de aplicaciones estéticas, que no sólo se emplearon en las superestructuras arquitectónicas mortuorias de los iberos, sino que desde mucho antes, aunque prolongándose en los siglos posteriores, las conocemos como remates metálicos de un variado muestrario de objetos en el que los carros ocuparon un puesto muy destacado.

Podemos citar los bronce de Mengíbar, Jaén (Fig. 8), procedentes del Cerro de Máquiz¹⁸ donde se recuperaron varios

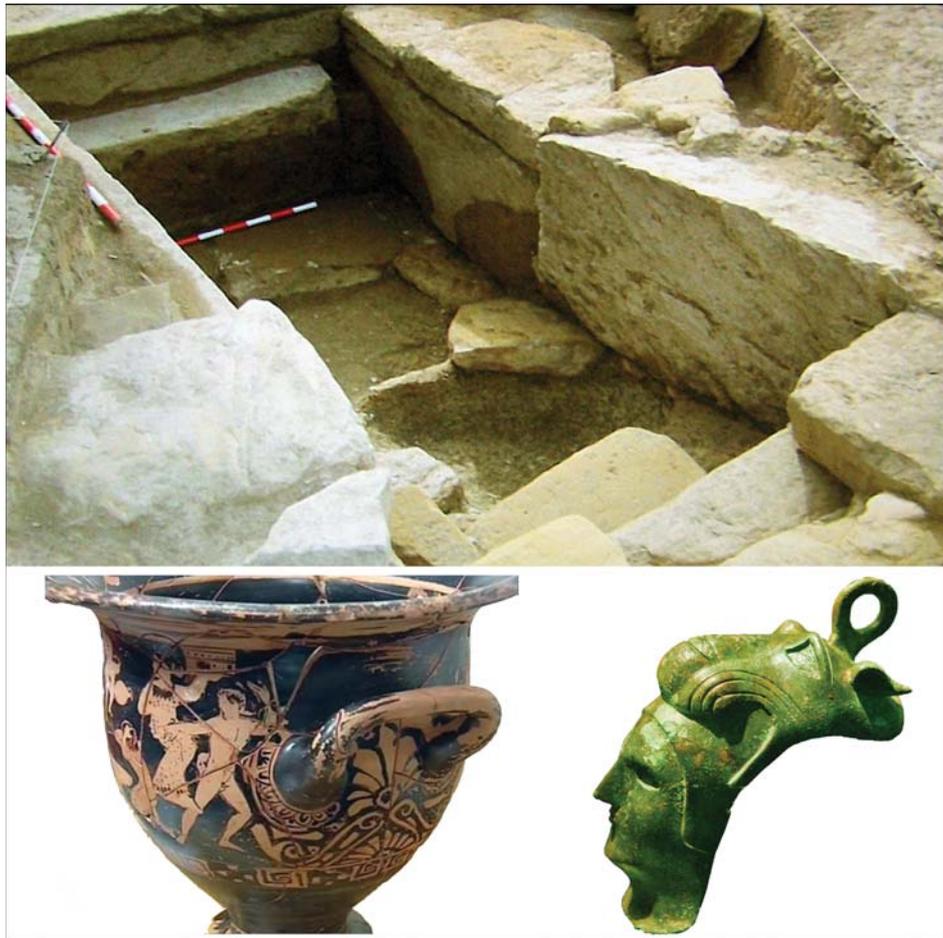
elementos de ese metal que debieron formar parte del yugo de un carro, en el que cumplieron una función como pasariendas, dando utilidad a las argollas originales que formaban parte de los mismos, aunque sólo se conservara completamente en uno de ellos. Junto a los pasariendas, también se conserva el remate metálico de la lanza del vehículo, pero donde curiosamente la representación figurativa más llamativa vuelve a aludir de nuevo al lobo de fauces abiertas. Desgraciadamente, la falta de contexto de este antiguo hallazgo impide una mayor matización sobre la auténtica cronología de estos bronce, aunque las características estéticas parecerían apuntar mejor a un periodo orientalizante, quienes se han podido acercar a su interpretación parecen inclinarse por un momento ibérico.¹⁹

La clara interpretación de algunos de estos elementos como pasariendas de carros, ha permitido que algunos investigadores defiendan la hipótesis de que en muchas sepulturas pudieron hacerse ofrendas ajuáricas más humildes por medio de estos objetos,²⁰ lo que conllevaba que no fuese necesaria una permanente inclusión de carros íntegros en las tumbas. Parece lógico pensar que este carísimo detalle sólo estaría destinado al ajuar de personajes importantes: altos dignatarios de las sociedades orientalizantes, o de los príncipes de la nobleza en tiempos ibéricos. Por lo que en la mayoría de los otros casos quizás se optara mejor por una solución menos ostentosa y barata, aunque igualmente efectiva, como pudo ser la inclusión de sólo el yugo de alguno de los carros utilizados por el entorno del difunto. Esta solución, más económica, no impediría cumplir con los efectos espirituales o sociales que pudieran buscarse con su deposición en la tumba: donde esos yugos podían representar la misma significación del carro

Mengíbar (Prov. Jaén)», *Madrider Mitteilungen*, 45, 2004, 321-350.

¹⁹ ALMAGRO-GORBEA, M., CASADO, D., FONTES, F., MEDEROS, A. y TORRES, M.: *Prehistoria. Antigüedades Españolas, I*. Real Academia de la Historia, Madrid, 2004, pp. 223-228.

²⁰ JIMÉNEZ AVILA, J. y MUÑOZ LÓPEZ-ASTILLEROS, K.: «Pasariendas de bronce en la protohistoria peninsular: a propósito del hallazgo del Soto del Hinojar, Las Esperillas (Aranjuez, Madrid)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 24, 1997, pp. 119-158.



9. NECRÓPOLIS DE LA CUESTA DEL PARRAL, CERRÓ PIQUÍA, ARJONA. ARRIBA, CÁMARA FUNERARIA (SEGÚN FOTOGRAFÍA DE F.M. LAGUNA, 2011). ABAJO, CRÁTERA ÁTICA DE FIGURAS ROJAS Y BRONCE DE CARRO (A PARTIR DE LOS ORIGINALES PUBLICADOS EN [HTTP://WWW.PORTALARJONERO.COM/ENCUENTROIBEROS2010,HTM](http://www.portalarjonero.com/encuentroiberos2010,htm))

completo; de la misma manera que ocurría con una simple figuración pictórica, con la que se suplían otros aditamentos materiales en los ajuares fúnebres. Idéntico valor debieron tener las estelas decoradas del Bronce Final, en las que también fue reiterativa la plasmación de grabados de carros,²¹ sin que ello obligara a disponer necesariamente de estos vehículos en todas y cada una de las sepulturas.

También ha sido frecuente recuperar en necrópolis andaluzas ibéricas restos de ruedas de carros, aunque ya con una importante presencia de componentes de hierro y una menor representación de bronce. Así, pueden recordarse los casos de las ruedas de Toya, Jaén;²² pero también del Mirador de Rolando,²³ Granada, y quizás de Galera,²⁴ también en la provincia granadina, donde la existencia de unos pasadores de bronce podrían apuntar también hacia los restos de algún elemento de carro. Pese a este último caso de Galera, la abundancia de material férrico, prácticamente exclusivo en estos últimos hallazgos, podría estar indicando un cierto desequi-

librio en favor de aquellos contextos con presencia de este último metal; algo que podría también corroborar el «aire» orientalizante de la iconografía de aquellos objetos metálicos figurativos. Y si –pese a todo– fuesen contemporáneos de los momentos plenamente ibéricos, quizás ilustrarían el origen oriental de los carros y la pervivencia de ese componente a través de representaciones más arcaizantes, pero que se conservaron probablemente en los carros funerarios, como recuerdo convertido en símbolo de las significaciones espirituales incorporadas a los mismos.

Pero esta última aseveración podría resultar totalmente falaz, si atendemos a un reciente hallazgo de una necrópolis en Arjona, Jaén. Concretamente, el descubrimiento se produjo en el Cerro de Piquía, más particularmente en la Cuesta del Parral,²⁵ donde se ha destacado la recuperación de una tumba que contenía un aparente contexto sincrónico de vasos griegos áticos de figuras rojas, junto a nuevos elementos metálicos bronceos de carros (Fig. 9). Unos metales en los que también están presentes muchos detalles iconográficos que remiten a los conocidos ejemplos de Máquiz y que explicitarían verazmente el mantenimiento de aquellas raíces ancestrales de origen oriental en las representaciones metálicas rituales ibéricas.

A pesar de la falta de información que todavía envuelve la actual documentación de esta necrópolis, no queremos dejar de indicar que el hallazgo al que nos referimos procedía de una tumba en cista pétreo, cuya interpretación está impregnada de una importante polémica, que no debemos hurtar al

²¹ CELESTINO, S.: «Los carros y las estelas decoradas del Suroeste», *Homenaje Cánovas Pesini*, 1, Badajoz, 1985, pp. 45-56; MUZZOLINI, A.: «Les chars des steles du Sud-Ouest de la Péninsule Ibérique, les chars des gravures ru-pestres du Maroc et la datation des chars Sahariens», *Congreso Internacional. El Estrecho de Gibraltar*, 1. Ceuta, 1987, pp. 361-87; QUESADA SANZ, F.: «Datos para una filiación egea de los carros grabados de las ‘estelas del Suroeste’», *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, 1. Soria, 1994, pp. 179-187.

²² FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y OLMOS ROMERA, R.: *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*, Madrid, 1986.

²³ ARIBAS PALAU, A.: «La necrópolis bastitana del Mirador de Rolando (Granada)», *Pyrenae*, 36, 1967, pp. 7-106.

²⁴ PEREIRA, J., CHAPA, T., MADRIGAL, A., URIARTE, A. y MAYORAL, V.: «Primera Parte. La necrópolis ibérica de Galera», *La necrópolis ibérica de Galera (Granada)*. La colección del Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 2004, p. 60.

²⁵ Las conclusiones de esta investigación están por publicar, por lo que las referencias sobre estos hallazgos sólo pueden seguirse en algunos portales de internet, como el que sigue: <http://www.portalarjonero.com/encuentroiberos2010.htm>.